

NOTA PRELIMINAR

El 11 de enero de 1907 un Real Decreto del doctor don Amalio Gimeno, ministro de Instrucción Pública de un gabinete liberal, creó la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que el día 15 (el mismo en que el texto legal aparecía en la *Gaceta de Madrid*) procedía a elegir como su presidente a Santiago Ramón y Cajal, amigo y colega del ministro, y como secretario, a José Castillejo, formado como jurista en Alemania, catedrático de Derecho Romano y en aquel momento agregado al Servicio de Relaciones Culturales en el Ministerio de Estado. La situación política era sumamente inestable, como de costumbre, y el 25 de enero el político conservador Antonio Maura obtenía la Presidencia del Consejo de Ministros e iniciaba lo que se llamó su «gobierno largo» (en los parámetros propios de la Baja Restauración: algo más de dos años, hasta otoño de 1909), lo que no era la situación ideal para una fundación de los liberales, mal vista por los medios más tradicionales de la Universidad y, para mayor inri, apadrinada por los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, que tenían la enemiga jurada de la jerarquía católica.

Contra todo pronóstico sobrevivió, sin embargo, y sus consejeros pudieron saber que en el mes de junio se constituía en Barcelona otra entidad intelectual de signo parecido, el Institut d'Estudis Catalans, propiciado por la Diputación Provincial de Barcelona, que designó como su presidente al ilustre humanista Antoni Rubió i Lluc y como secretario a un joven arquitecto y futuro historiador del arte, Josep Pijoan, que era un admirador incondicional de Joan Maragall y de Francisco Giner de los Ríos.

Ambas entidades arraigaron con fuerza y, vueltos los liberales al poder (ahora con José Canalejas, el político español equivalente a lo que significó Aristide Briand en Francia o Lord Asquith en Gran Bretaña), otro Real Decreto de 18 de marzo de 1910 creó el Centro de Estudios Históricos, en el marco de la Junta, dos meses antes de que otras dos disposiciones constituyeran como nuevas ramas del tronco el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y la Residencia de Estudiantes de Madrid.

Casi en el promedio de estas fechas, el 8 de febrero de 1908, nació en Valencia Rafael Lapesa Melgar. En 1916, el año en que murió Rubén Darío y Ortega inició la serie de ensayos *El espectador* (en cuyo prólogo se definía «nada moderno, pero muy siglo XX»), la familia Lapesa se establecía en Madrid donde nuestro personaje

pasaría casi toda su vida y donde, en 1927 (año epónimo de una «generación» gloriosa de creadores) se incorporaría como becario a aquel Centro de Estudios Históricos que había comenzado su andadura vital casi a la par que él. Durante la Guerra Civil fue el único de sus integrantes que cuidó abnegadamente de su precaria continuidad y, acabada la guerra, subordinó su carrera académica —que, pese a todo, fue muy brillante— a la idea de mantener el espíritu de la institución en que se había formado. Y cuando murió, el 1 de febrero de 2001, podía tener la íntima certeza de haber cumplido su propósito.

Esas son unas fechas y algunos hechos cuyos primeros centenarios se van cumpliendo en nuestros días. Son mucho más que hitos administrativos o efemérides culturales añejas. En un país como el nuestro, los acontecimientos de la historia intelectual y cultural que han sido concebidos desde una visión europea, laica y modernizadora, todavía son excepciones heroicas y materiales frágiles que nos reservan, cuando los vemos desde la perspectiva de hoy, lecciones morales y emotivas que conviene tener muy presentes. Porque lo que entonces se gestaba (entre 1876 y 1936), significaría que, mediando el tajo de la Guerra Civil y la victoria de los peores, muchos de los protagonistas de aquel momento de entusiasmo y trabajo arrostraron condenas de muerte o de cárcel, delaciones vergonzosas de sus propios colegas, persecuciones inicuas y, de añadidura, el firme propósito de borrar su recuerdo de la memoria colectiva. Y no se trataba, con alguna excepción, de vesánicos enemigos del catolicismo ni de peligrosos revolucionarios, sino de personas de talante liberal o progresista, respetuosos de las creencias ajenas y, en más de un caso, católicos convencidos; bastantes de ellos, incluso, habían mantenido serias reservas ante el desbordamiento de la legalidad republicana y lo confesaron en términos de angustiada preocupación. Que, desde luego, fueron muchísimo menos frecuentes en quienes se sintieron sus enemigos, si es que estos pusieron alguna vez en cuestión la violencia y el matonismo de los zafios personajes a los que obedecían.

A la mayoría de aquellos les aguardó el exilio, que supuso un auténtico desmantelamiento de la vida cultural nacional; a unos cuantos, la ocultación y el disimulo, los oficios subsidiarios o los destinos forzosos. Sólo en los años cincuenta empezaron a darse algo más que síntomas de una reconstrucción intelectual que, a la larga, vino a ser el resistente producto de la fidelidad de unos pocos a sus ideas, de la existencia de algunos sobrevivientes más afortunados y también, digámoslo sin rodeos, de los cambios de convicciones que se produjeron en los más lúcidos o generosos de los vencedores. Esta situación y el inevitable afluir de nuevas generaciones convergieron favorablemente con aquella mezcla de pragmatismo cínico, ineficacia y corrupción del que todos, hasta sus partidarios y beneficiarios, llamaban «el Régimen». Y a aquel Régimen no pareció importarle demasiado su arrinconamiento y derrota intelectual que fue clamorosa desde mediados de los años sesenta. Fue entonces, cuando, entre 1965 y 1980, aquel pasado pretendida-

mente abolido —la Institución Libre de Enseñanza, el florecer de las culturas regionales, el despertar científico auspiciado por la Junta para Ampliación de Estudios, la creatividad cultural republicana, la vida asociativa de partidos y sindicatos de izquierda, el legado más memorable del exilio intelectual de 1939— pasaron a ser adecuadamente rememorados y progresivamente integrados en la conciencia de las nuevas generaciones.

De esto trataremos aquí, pero no hay en las páginas que siguen ningún ánimo de venganza retrospectiva, ni una práctica de la *damnatio memoriae* como la que quiso aplicarse a sus protagonistas. Muchos de quienes firmamos los trabajos que siguen vivimos las contradicciones flagrantes de la desastrada Universidad de los años sesenta y los primeros setenta, que nadie con sentido común puede recordar con añoranza. Un catedrático de Historia Contemporánea, que adquiriría libros sobre los OVNI y sobre las hazañas de los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial, execraba los libros del mexicano Fondo de Cultura Económica, que nunca recomendaba, pero que podíamos leer en otros rincones más apacibles de la facultad: así pasaron por nuestras manos *Erasmus y España*, de Marcel Bataillon; *Liberales y románticos*, de Vicente Llorens, o *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, de Jean Sarrailh. Y no era difícil toparse con alguna de las reimpresiones de los *Diálogos* de los hermanos Valdés, en Clásicos Castellanos, de cuyas portadas había desaparecido el nombre de su editor y prologuista, José Fernández Montesinos, por haber sido *rojo* y cuñado de los García Lorca. Y como había prevalecido, al pie del prefacio, el lugar y fecha de redacción («Hamburgo, 1923»), el bienhumorado Montesinos decía ser «el anónimo de Hamburgo»... No fue el único: los nombres de Raimundo Lida y Amado Alonso también se habían quedado en unas enigmáticas iniciales (A. A. y R. L.) en la portada de la traducción de un libro de Karl Vossler, reeditado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde tales prácticas —incluida la apropiación de fichas y trabajos de sus predecesores del Centro de Estudios Históricos— fueron más habituales de lo que se dice.

Por eso, vale la pena recordar —con los solos medios de la probidad historiográfica— lo que aquello fue y representa hoy para nosotros. Tal vino a ser lo que me propuse en el último trimestre de 2007 y se plasmó, en el quicio justo de los meses de enero y febrero de 2008, en las tres sesiones de un Curso de la Institución «Fernando el Católico», a cuyo director, mi amigo Carlos Forcadell, me cumple agradecer el que acogiera mi idea; al personal de la Institución se debe que fuera posible, con la discreta eficacia que acostumbra. E idéntica o mayor gratitud merecen los colegas que, sin vacilación ni reparo alguno, se pusieron a la tarea que les encomendé, con la generosidad y la pericia que yo esperaba de ellos.

El título del libro (que fue el del seminario) refleja la pluralidad de motivos convergentes que albergaba. Convenía, en primer lugar, tener una imagen sintética de

lo que fue el Centro de Estudios Históricos y para tal cometido no había invitado más oportuno que el joven profesor José María López Sánchez quien acababa de publicar una monografía fundamental sobre el tema, titulada —con toda intención— *Heterodoxos españoles* (Marcial Pons, Madrid, 2006). Complementario de este panorama debía ser otra síntesis que pedí a Jon Juaristi sobre un tema que era forzosamente familiar a quien recolectó romances bajo la dirección de Diego Catalán Menéndez Pidal y ha estudiado luego aspectos del imaginario histórico vasco y peninsular: un balance de las ideas historiográficas de Ramón Menéndez Pidal, fundador y referencia espiritual del Centro.

Pero también era nuestro propósito censar y estudiar la presencia aragonesa en los orígenes del Centro y por eso solicité a María-Dolores Albiac Blanco, autora de dos estudios pioneros sobre la revista *Cultura Española* (1906-1910), que elaborara un nuevo esbozo de aquel episodio de la reforma universitaria nacional que procedía, en buena medida, del equipo redaccional y del propósito de la *Revista de Aragón* (1900-1905). Por último, esa vinculación regional incluía también un capítulo de ingrata memoria y muy revelador de la vieja inquina que la ILE había suscitado en los medios académicos conservadores: de lo que había detrás de un libro de título tan expresivo como famoso, *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza* (1940), se encargó Juan José Gil Cremades, estudioso de la Filosofía del Derecho y, por lo que toca a nuestro tema, tan buen conocedor de la tradición krausista como de la historia de las doctrinas y las enseñanzas jurídicas en España.

Al estudiar la presencia dual de lo aragonés en el Centro —los colaboradores regionales y Aragón como tema de estudio— privilegié los dos campos más relevantes: la filología y la historia. Alberto Montaner Frutos, medievalista de horizontes muy amplios, repasó la presencia de nombres aragoneses en la tradición filológica del Centro; María Luisa Arnal y José María Enguita, estudiosos de la historia de la lengua y de la dialectología españolas, se encargaron de recensionar las aportaciones concretas al conocimiento de la lingüística regional. En el caso de la historia, fue Ignacio Peiró —especialista en la historiografía como campo profesional... y de poder— quien se encargó de recordar a los profesores e investigadores de la región ya fuera como partícipes o como discrepantes del proyecto del Centro.

La figura de Rafael Lapesa era otro de los motivos del curso. Para algunos de los colaboradores se trata de un recuerdo personal muy vivo: Francisco Abad, por ejemplo, es discípulo muy directo del maestro valenciano; los filólogos zaragozanos que colaboramos en estas páginas lo conocimos, a él y a su esposa, Pilar Lago Couceiro, como asiduos de los Cursos de Verano que la Universidad de Zaragoza organiza en Jaca y ninguno podremos olvidar la cordialidad amable de aquella pareja siempre dispuesta a un rato de charla o a apreciar generosamente una observación ajena. Dos aspectos de Rafael Lapesa me interesaban sobremanera:

uno era el análisis de su propia personalidad científica, concebida como pervivencia necesaria del clima intelectual del Centro, que fue el cometido encargado a Francisco Abad, estudioso habitual (y en buena medida *inventor*) del concepto mismo de «escuela española de Filología»; el otro era el significado, alcance y perduración de la memorable *Historia de la lengua española*, cuya primera edición era de 1942. La profesora María Antonia Martín Zorraquino fue la responsable de valorar los significados de esta verdadera «historia cultural del español» que, por la progresiva dimensión de su empeño a lo largo de sus muchas ediciones, siempre ampliadas, reúne características de lo que Pierre Nora ha llamado un *lieu de mémoire*, una referencia fundamental en el sentimiento de pertenencia nacional, siempre en un sentido liberal e integrador. Circunstancias personales imperativas han impedido que el trabajo, tan meticuloso y certero como es hábito de la autora, haya podido pasar de las notas de su conferencia a las páginas del artículo que todos esperábamos, y esperamos... El previsto homenaje a Lapesa se limita por tanto al cometido que yo me reservé: el balance de la crítica literaria de Rafael Lapesa que, como tantos otros estudiosos de su escuela, alternó armoniosamente los estudios de la lengua y la literatura, a partir de lo que con término demasiado restrictivo —que llegó a verse peyorativo en tiempos de la fiebre estructural y de la barbarie seudosociológica— se llamó «estilística».

Dos apéndices inicialmente no previstos cierran el libro. El uno, obra de Luis G. Martínez del Campo, alumno del Curso y becario de posgrado de la Institución «Fernando el Católico», recoge y documenta la lista de becarios aragoneses del Centro de Estudios Históricos. El otro, anejo de mi artículo, reproduce y comenta algunos pasajes de las cartas que Rafael Lapesa dirigió entre 1947 y 1952 a Amado Alonso, entonces catedrático de Harvard y, sin duda, la figura más relevante de la nueva filología hispánica, muerto en plena madurez de su trabajo intelectual.

Zaragoza, octubre de 2010

JOSÉ-CARLOS MAINER
(Director del Curso)